DISCURSO PRELIMINAR para servir de introduccion á la moral de Séneca:

TRADUCIDO DEL FRANCES

AL CASTELLANO

POR

D. Enrique Ataide y Portugal.

TOMO SEXTO.



CON LICENCIA.

En Madrid, en la Oficina de Aznar.

AÑO M.DCCC.II.

Se hallará en la Librería de Castillo, *frente á las gradas de S. Felipe.*

DISCURSO PRELIMINAR.

Séneca es uno de aquellos hombre raros que, en qualquier tiempo que la providencia les haga nacer, influyen sobre su siglo. En las obras de este grande hombre se encuentran las primeras percepciones; y por decirlo así, la idea madre y original de un gran número de verdades morales, y de principios de la ciencia de las costumbres, de lo qual se ha dado despues la demostracion y el desenrollo. Es sin duda desgracia, que este filósofo, lléno de sagacidad, y á quien la naturaleza habia dado aquel in-

genio felíz y facil, que se aplica con provecho á todos los objetos que abraza, no haya vivido báxo Príncipes menos feroces ó menos fatuos; pero luego que al leer la historia de aquellos tiempos tempestuosos, se ve que Neron hizo la felicidad de los Romanos, durante cinco años; y que esta época de su reynado (de la qual dice Trajano, que todos los buenos Principes debian estar zelosos) fué efecto del arte, de los consejos, y de los preceptos de Séneca; se siente menos que las funciones penosas y delicadas de un puesto en donde ha manifestado un juicio sano, miras loables, providad, valor, y en toda ocasion un gran carácter, no le hayan permitido el entregarse enteramente al estú-

dio del hombre y de la naturaleza. Retardando algunos años la esclavitud y la desgracia de su patria, ha hecho Séneca á sus conciudadanos un servicio mas importante; y ha adquirido mas gloria y derechos, mas incontestables á la estimacion y al respeto de la posteridad, que por sus mas bellos tratados de moral y de filosofía; y habria podido decir lo que un poéta:

"Hice bien, y ésta es mi mejor obra."

Han vituperado á este sabio institutor, cuya conducta puede servir de pauta á los que su clase, su oficio ó sus pretensiones, destinan á los mismos empleos, el haber permanecido junto á Nerón, á quien no podia espe-

rar el corregir ; y sus detractotores le han hecho tambien un crimen de ello ; porque en dondo la equidad pesa , exâmina y duda ; la aversion afirma y condena. Pero sin exponer aquí todas las razones que pueden justificarle , baste decir que Séneca , ó algun otro moralista , no estaba de ningun modo fuera de su lugar en una Corte , donde el bien y el mal , el vicio y la virtud , el valor y la cobardía , el espíritu de servidumbre y de independencia , el furor del despotísmo y el amor de la libertad , han sido llevados al extremo ; donde tranquílo espectador de tantas escenas diversas, del choque contínuo de tantos intereses opuestos , podia considerar al hombre por todos sus

lados, y en todas sus relaciones; experimentar su fuerza y su debilidad, en aquellos momentos críticos y decisivos, para gloria ó vergüenza nuestra, "contrahacer (como dice Montaigne con aquella energía que le es propia) „sus acciones co„munes, y sorprenderlo por to„dos sus aspectos:" punto de vista, baxo el qual, es tan dificil dexarse ver sin perder un poco en la opinion pública; estudiar el lenguage y el acento particular de cada pasion en los diferentes indivíduos, ó en los mismos indivíduos colocados en circunstancias diversas; en una palabra, nos parece que esta Corte era para Séneca una escuela en donde podia sacar grandes é instructivas lecciones, y re-

coger, sobre todo, una multitud de hechos, de observaciones y experiencias, que no se adivinan, y á las quales, en moral y en toda otra ciencia, no se les halla suplemento en el analisis mas exàcto, y en la teórica mas profunda.

Plutarco ha probado muy bien, que los filósofos deben vivir y hablar con los Príncipes, porque así los hacen mas justos, mas moderados, mas humanos y mas propensos al bien. "Aquel, " dice, que á un Señor y Magistrado quita una mala condicion, ó le endereza la voluntad y la intencion hácia donde se debe, es filósofo para el público, pues corrige el molde y el patron, por el qual se forman y gobiernan todos

„ los vasallos (1).” Pero lo que Plutarco no ha dicho, y lo que igualmente es cierto, es, que por otras miras no es menos útil á los filósofos el vivir con los Grandes, y exparcirse en la sociedad; en efecto, la página que nos enseña á conducirnos en una circunstancia espinosa, que nos defiende en un gran peligro, que nos hace emprehender con fruto un negocio desesperado, que nos desenvuelve los resortes mas secretos de las acciones humanas, y que nos da un tacto exquisito y seguro, con cuyo socorro juz-

(1) Véase el tratado: “Que es „necesario que un filósofo conver- „se con los Príncipes.” *De la version de Amiót*, *pág.* 341, *tom.* 2, *edic. Vascosan*, *en* 8.

gamos alguna vez los caractéres con una singular precision; en el gran libro del mundo, es en donde está escrita. Quando no se estudia al hombre sino en el gabinete, ó en las obras de los moralistas, apenas se conoce sino el hombre abstracto, el hombre ideal; pero no al que está en la naturaleza, y vive en la sociedad.

Despues de haber leído varias veces á Séneca, no con aquella admiracion exâgerada que la mayor parte de los eruditos, menos ocupados de las cosas, que del cuidado futíl de las palabras, manifiestan muy á menudo hácia los antiguos, sino con aquel severo exâmen que la equidad prescribe, y sin la qual no puede tenerse en la literatura, si no un

parecer vago y confuso de las relaciones y de lo bello; he creido indispensable el publicar un extracto de sus obras, y reunír su doctrina esparcida en seis volúmenes, cuya lectura pide mas tiempo, mas continuacion, y mas atencion que la que las gentes del mundo, expuestas á todas las pasiones, y entregadas al placer ó á la disipacion, tienen para instruírse.

Séneca, entre otros defectos mas ó menos aparentes, tiene sobre todo, el de apurar su tema, y el de querer decirlo todo. Uno de nuestros escritores, que por otra parte tenia á sus obras aquella estimacion respetuosa (que es la única que hace al propio tiempo el elógio de quien la dispensa, y de quien la recibe), le

reprueba, si no me engaño, que en vez de dexar ir cada rayo por su camino, recurre á una especie de dioptrica, para reunir una infinidad de rayos, á fin de arrojar mayor resplandor. Pero es preciso observar, que todas estas tachas, ó, si se quiere, defectos reales, son mas propios del carácter particular de su entendimiento, que de la pretendida decadencia del gusto en el siglo en que escribia.

Yo sé que los gramáticos y los comentadores tienen, sobre este punto de crítica, ideas muy opuestas á las mias; pero me atrevo á decir, que no habrian debido cometer á su sola decision esta qüestion mas importante y complicada, que han creído. El proceso debio ser visto

por literatos filósofos, cuyo parecer tiene tanto mas peso en estas materias, como que hasta ahora no son los sabios los que han dexado de exâminar las obras de los antiguos, sino las gentes de gusto, no menos útiles que los eruditos, y mucho mas raros.

Otro escritor observa con razon, que hay cosas que todo el mundo dice, porque una vez se dixeron; pero que por eso no son mas ciertas: esta reflexîon, aplicable á todas las preocupaciones, lo es sobre todo á la opinion, cuya discusion nos vá á ocupar algunos instantes.

Todos los dias se habla del bello siglo de Augusto, despues del qual, si se cree á los críticos, el gusto se corrompió sensiblemente entre los Romanos:

como si el bueno ó mal gusto de un siglo fuera un negocio de cronología, y perteneciera exclusivamente á tal ó tal siglo, y no dependiera de causas particulares, cuyo efecto puede variar mas ó menos de una época á otra. El gusto del siglo de Augusto, no me parece, ni mejor, ni mas puro, que el del siglo siguiente: pretender lo contrario, es decir, en otros términos, que el gusto del siglo de Luis XIV es mas delicado y mas severo, que el del siglo en que vivimos; y la comparacion es tanto mas exâcta, como que los autores del siglo de Augusto, y los que han florecido despues del reynado de Nerón, hasta el de Trajano, tienen precisamente entre ellos las mismas rè-

laciones, y las mismas diferencias, que las que se notan entre los autores del siglo de Luis XIV, y los del nuestro. Ahora me parece que nadie acusará á Fontenelle, ni á otros de los muchos hombres célebres que forman y componen la gloria y el adorno de este siglo, de no haber tenido gusto.

Si Terencio, Virgilio, Horacio, Ovidio, Cátulo, Cicerón, Cesar, Tito Livio, &c. son recomendables por ciertas qualidades de estílo, cuyo mérito nos es bien dificil conocer y apreciar, con cierta precision, por la gran distancia de su siglo; si estas qualidades se encuentran mas raramente en los autores del siglo de Nerón (diferencia que únicamente puede consistir en la

de los objetos de que se ocupan), ¡quánto mas superiores no les son estos últimos en las bellezas de otro género, del qual somos hoy mejores jueces, que no podian serlo en el mismo tiempo en que estos autores escribieron; y que no siendo, ni locales, ni dependientes de la resonancia, de la eleccion, del órden, ni de la composicion de las palabras, que constituyen en todas las lenguas la harmonía, el número y la melodía del estilo, no serán, ni perdidas, ni debilitadas para un hombre ilustrado, en donde quiera que se halle; porque el talento, el espíritu y la razon, son de todos los parages y de todos los tiempos!

¿Quál es, en el siglo de

Augusto, el historiador, y el filósofo, que puedan compararse, el uno á Tácito, y el otro á Séneca? ¿Varrón, el mas sabio de los Romanos, confesado por el mismo Cicerón, lo era mas que Plinio el antiguo? ¿y el siglo del primero ha dexado, ó mas bien, habia producido una obra tan vasta y tan dificil, como la Historia natural de este autor? Los mas bellos tratados de Cicerón, acerca del arte que habia exercido con tanta gloria, han llegado hasta nosotros, así como varios discursos suyos oratorios, los quales dan la mas grande idea de su eloqüencia; pero si las obras de estos oradores, cuyo elógio se encuentra en las cartas de Séneca y de Plinio el jóven, no hubieran perecido, co-

mo tantos otros monumentos preciosos de la antigüedad, podriamos saber con mas certeza, si el siglo de Domiciano y de Trajano, tenia, en efecto, en este género tan cultivado en otro tiempo, y que ha perdido mucho de su brillo y de su importancia en nuestros modernos gobiernos, alguna cosa que envidiar al siglo de Augusto.

Digamos, pues, que los hombres de ingenio, y los grandes escritores, son los que hacen los hermosos siglos; ellos son los que fundan, por decirlo así, el gusto en una nacion, los que establecen en ella los principios generales, sacados de los modelos de belleza, que tienen una exîstencia ideal y abstracta en el entendimiento, ó real en la natu-

raleza del arte: ahora, en donde quiera que se hallen estos hombres de ingenio, y estos grandes escritores, hay necesariamente un depósito inmenso de conocimientos y de luces; y el gusto se encuentra en él muy perfeccionado. ¿Á quién se persuadirá, que un siglo que ha producido á Séneca, Lucano, Juvenal, los dos Plinios, Quintiliano, Tácito, &c. sea precisamente aquel donde la decadencia del gusto empieza á hacerse conocer hasta en estos autores? ¿En qué siglo de la antigüedad se encuentra mas talento y mas sabiduría, mas razon y mas filosofía, ideas mas finas y mas profundas, que en el de Séneca? Si Tácito no es un hombre de gusto, y hasta de un gran gusto, tomando esta pala-

bra en su acepcion mas rigorosa, ¿qual es, báxo el reynado de Augusto el historiador, el poéta ó el orador, que le tenga mas severo y mas puro? Cítenle los críticos; y que nos muestren, sobre todo, en los escritos del primero, la expresion, la página ó la línea que ofenda su delicadeza, y que quisieran borrar. Por otra parte, ¿es por que no imprime cada uno á su obra el carácter propio y particular de su genio? Séneca ha escrito segun el suyo, como Virgilio, Horacio y Cicerón, segun aquel que les inspiraba, y que no era el mismo para ninguno de ellos. Ni por el estílo, ni por el gusto nos dexamos arrastrar del espíritu general y dominante del siglo; sino por las opiniones, por las

preocupaciones de ciencia ó arte, por los objetos de estúdio, &c. Se tiene estílo, y se tiene gusto rodeados, por decirlo así, de escritores que carecen de ello; y no se tiene, ni el uno, ni el otro, aunque se viva en medio de poétas, de literatos y de filósofos de un gusto muy delicado, muy seguro, y que escriben con elegancia, harmonía, precision y claridad. El estílo de Crebillón es áspero y bárbaro: lo mismo digo de Pirón, exceptuando la Metrománia. Dislóquese á Séneca y á Cicerón; transportense, el uno al reynado de Augusto, y el otro al de Nerón, y conservarán todavía las mismas bellezas, y los mismos defectos: esto es igualmente cierto en Virgilio y en Lucano, de quienes se ha

dicho con razon, que el uno, mas natural, admira desde luego menos, para admirar despues mas, mientras que el otro admira mas desde luego, para admirar despues menos (1).

---

(1) Observemos, sin embargo que el autor de la Farsalia se encuentra, por su edad, en aquella circunstancia particular, que las bellezas, de que su poéma brilla, deben merecerle los elogios de todas las gentes de gusto, y que no se puede, sin injusticia, imputarle ninguno de los defectos de esta obra, que no es mas que un bosquejo, un bello dibujo; en una palabra, el primer renuevo de un poéta jóven, lleno de entusiasmo, y que se abandona, sin sujecion, á todo el fuego de su imaginacion, y á quien una temprana muerte arrebató á las le-

Si el gusto no fuera una qualidad puramente personal, adquirida ó perfeccionada con el estúdio y la comparacion, sino una qualidad inherente y comun á todos los escritores del mismo siglo, como los criticos parece lo suponen; no se habria visto báxo el reynado de Augusto ó de Luis XIV, y no se veria en nuestros dias este tropél de autores, á quienes Horacio, Boileau y Racine, y aun otros, han ridiculizado, cada uno en su tiempo, y á quienes tan justamente han inmolado á la befa pública.

---

letras, que ya cultivaba con fruto en una edad, en la qual apenas conocen los hombres todo su precio.

Es necesario decir por el contrario, que veinte buenos escritores, no prueban mas la pureza del gusto de su siglo, que veinte malos la corrupcion; debe solamente decirse sobre esto, que hay en el mismo siglo veinte literatos que tienen gusto, y otros tantos á quienes falta.

Es verdad que en Séneca se encuentran cosas de mal gusto (1), haciendo juicio de ellas,

---

(1) Lo mismo se halla en Horacio, aunque haya escrito báxo de Augusto, época donde los críticos colocan el bello siglo de la literatura romana. Pero lo que sobre todo es notable, es, que estos versos de mal gusto, no son tan raros en las obras de este gran poéta, como podría suponerse; y que

segun nuestro modo ordinario de concebir; pero éste es el vicio del hombre, y no del tiempo en

---

la mayor parte son tambien en un género, donde es mas facil y mas arriesgado el dexarse corromper, y el tener imitadores.

Qué imagenes mas puercas y repugnantes, que las de la VIII Époda:

Rogare longo putidam tesæ cœlo, &c.

y estos versos de la sátira 2 del primer libro:

Nolim laudarier, inquit,
sic me &c. v. 35.

Huic si mutonis verbis, &c. v. 68.

Tument tibi, &c. v. 116.
Nec vereor, ne, &c. v. 127.
Tum immundo somnia visu, &c.

Sát. 5, lib. 1, v. 84.

Men-

que él escribía. No es lo mismo el gusto de una nacion, que su lengua: ésta puede sufrir mas

---

Mentior at siquid, mordis caput inquiner albis
Corvorum, atque in me veniat mictum, atque cacatum
Julius, et fragilis Pediatia, furque Voranus!

Sát. 8, lib. 1, v. 37.

y toda la sátira 7 del libro primero:

Proscripti regis Rupilî pus atque venenum;

y tantos otros pasages, en donde se vé con sentimiento al escritor mas pulido del siglo de Augusto, y el solo, tal vez, entre los latinos, que pueda darnos una idea exâcta de lo que los antiguos llamaban la sal ática, fatigar á sus lectores, em-

ó menos vicisitudes, sin que tengan influencia sobre el gusto, dicho propiamente. El gusto no se corrompe sino con la conquista, y quando un pueblo bárbaro y opresor transporta de un golpe sus costumbres brutales y salvages, su lengua, sus usos, sus supersticiones, su gobierno y sus leyes en medio del pueblo vencido y civilizado; todavía estas causas no obran sino insensiblemente, y á lo largo.

---

empleando freqüentemente términos que ofenden la imaginacion, representándola objetos deshonestos, ó que hieren los sentidos, presentándoles objetos asquerosos.

No olvidemos que Ovidio y Cátulo merecen la misma crítica que hacemos aquí á Horacio.

Es menester cien años de opresion, de ignorancia y de barbárie, para corromper el gusto de una nacion civilizada ya con la cultura de las ciencias y de las artes; y no son necesarios treinta para cambiar la lengua. Pero quando este mismo pueblo, bien lejos de ser la presa de un vencedor, y de recibir sus leyes, él mismo es conquistador y dominador; luego que su constitucion política, sus costumbres, sus modales, su luxo, sus juegos, sus expectáculos, sus preocupaciones, sus vicios y sus virtudes son los mismos; quando los ataques contínuos, y mas ó menos atrevidos del despotismo no han podido todavía amoldarlo al yugo, ni apagarle aquel espíritu de libertad que le hace des-

trozar á sus tiranos siempre que son demasiadamente imprudentes para ponerlo en la precision de acordarse de su fuerza y de sus derechos ; en fin, quando este pueblo no ha experimentado ninguna de aquellas revoluciones que cambian el destíno de los imperios, las costumbres y el carácter de una nacion ; su lengua y su gusto se alteran y corrompen muy dificilmente, y con una lentitud, que hace necesariamente insensibles, por mucho tiempo, los progresos de la corrupcion. Ahora, tal fué precisamente el estado de los Romanos, despues del reynado de Nerón, hasta el de Trajano.

En quanto á la latinidad de Séneca, de Tácito, de los dos Plinios, y de Quintiliano, es la

misma que la de Cicerón: se hallan en sus obras todas las expresiones, todas las gracias, y todas las frases de los mejores escritores del siglo de Augusto. Pero como por una conseqüencia natural y necesaria de los progresos del entendimiento humano, una lengua en la qual Cicerón mismo se hallaba precisado á formar palabras, y á imponer á nuevas cosas, nuevos nombres (1), debia, por decirlo así,

(1) *Nobis quibus etiam verba parienda sunt, imponendaque nova novis rebus nomina.*

Despues de muchas reflexîones muy juiciosas sobre esta materia, añade, que es tanto mas permitido á un filósofo el emplear nuevas palabras, como que siendo la filoso-

fía

aumentar todos los dias su dominio báxo la pluma de un Séneca, de un Plinio, de un Tácito, &c. Se nota, en efecto, leyendo á estos autores, que bien lejos de creer formada su lengua, trabajaban sin cesar para perfeccionarla; sea criando palabras nuevas; sea tomando las antiguas en acepciones nuevas ó mas latas; sea haciendo revivir ciertos terminos (1) propios y enérgi-

---

fía propiamente el arte de la vida, es por conseqüencia un arte que debe tener sus terminos propios, y del qual no se sabria discurrir bien con los solos terminos ordinarios de la sociedad. *Véase* Ciceron, *de Finib. bonor. et malor. libro* 3, *cap.* 1 *y* 2.

(1) Ellos se conformaban en esto con el precepto de Quintiliano,

cos, que no estaban en uso, á fin de impedir que su lengua se empobreciera; sea cortando sus periodos, freqüentemente largos en Cicerón, para variar sus caídas, sin debilitar la harmonía; sea dexando suplir al lector, por el uso mas freqüente de las elipsis, un gran número de ideas

---

que quiere que los grandes escritores de una nacion, resuciten las antiguas palabras, á fin de conservar la abundancia de la lengua; siempre que no vayan á buscar estas palabras á una antigüedad demasiado remota: *Nec ex ultimis tenebris repetenda*. Virgilio, dice, lo hacía así. Véase á Quintiliano, *Institut. orat. lib.* 8, *cap.* 3. Horacio da el mismo consejo á los poétas, *epist.* 2, *lib.* 2, *vers.* 115 *et seq.*

intermedias, para no hacer ver mas que la idea principal, que es su resultado; sea, en fin, por el empléo de ciertas imagenes (1)

---

(1) La reflexîon de Séneca sobre el empléo de las imagenes ó figuras en las obras filosóficas, es muy juiciosa: "Prohibirnos las ima-
„genes para concederselas exclusi-
„vamente á los poétas, dice, es
„no haber leído á nuestros anti-
„guos prosistas: estos apenas pen-
„saban en el efecto: simples y sen-
„cillos, no tenian otro objeto que
„el convencer é instruír; y sin em-
„bargo, sus escritos están llenos de
„figuras: es porque el filósofo tie-
„ne (igualmente que el poéta) ne-
„cesidad de ellas; pero por otro
„motivo, qual es el de prestar un
„apóyo á nuestra debilidad, y ha-
„cer al lector y al auditorio mas
„sensibles las ideas."

ó metáforas atrevidas, tomadas de los fenómenos de la naturaleza, mas estudiada y mejor conocida entonces. De lo qual es menester concluír, no que Séneca, Tácito y los dos Plinios han corrompido la lengua latina, lo que es un absurdo; sino al contrario, que, sobre este punto, y sobre varios otros donde los descubrimientos, ni eran menos importantes, ni mas fáciles de hacer, han ido mucho mas lejos que sus mayores.

Me parece no puede negarse, que nuestra lengua sea mas flexîble, mas dulce, mas castigada tambien, que la del siglo de Luis XIV; sus formas son mas variadas, la sintáxîs mas regular y mas conforme á la sana logica; tiene mas movimiento, mas

energía y precision, sobre todo, en la prosa, en la qual ha adquirido un carácter, una harmonía, una claridad, y un cierto vigor de colorido, que no se la encuentra en los mejores autores del siglo pasado (1).

---

(1) Racine y Boileau solo pusieron número y harmonía en sus versos: su prosa está absolutamente destituída de este mérito tan necesario, mas raro aún en Boileau, que en Racine. La prosa de Fenelón es harmoniosa, elegante y facil; pero, como lo nota otro escritor, débil, uniforme, y á veces un poco arrastrada. La de Pascál y Bossuet tiene el carácter de su eloqüencia: es rápida, enérgica y atada; pero no tiene, ni la gracia, ni la naturalidad, ni la elegancia que se halla en otros de nuestros mas mo-

No es menos evidente que los progresos de las ciencias y

---

modernos escritores. Pascál y Bossuet, leídos una vez, asombran, y se les admira; pero no dexan deséo de volverlos á leer, dos ni tres veces; y no hay buenas obras en prosa ó en verso, sino aquellas que se releen, y que se dexan siempre con el proyecto, y hasta con la precision de volverlas á leer todavía. Me parece, pues, que en concediendo á esos grandes hombres el tributo de elógios, y admiracion que merecen por tantos títulos, puede decirse, que particularmente en el siglo XVIII es quando se ha conocido la necesidad de escribir bien en prosa, y que en él se encuentran aquellos que verdaderamente han resaltado en este arte tan dificil, y tan descuidado en el siglo último.

artes, aumentando succesivamente el diccionario de los conocimientos, han debido enriquecer el de nuestra lengua con todas las expresiones que corresponden, tanto á lo propio, como á lo figurado, á la variedad de ideas, y á introducir en ellas una infinidad de palabras tan nuevas para el siglo de Luis XIV, como la mayor parte de los objetos, cuyas relaciones ó qualidades determinan. ¿Será necesario reconvenir sobre esto á los grandes escritores de nuestro siglo; y báxo el pretexto de que Pascál, Bossuet y Fenelón han escrito con mucha pureza en francés, y que el estílo de Fontenelle y el de otros, difiere freqüentemente del suyo, acusar á

estos últimos de haber corrompido la lengua y el gusto?

El mismo raciocinio puede aplicarse á los autores del siglo de Augusto, comparados con los del siglo siguiente. Su lengua es la misma, pero el instrumento se ha perfeccionado: el estílo ha mudado sin ser menos bueno, y ha seguido, en sus variaciones mas ó menos sensibles, la diferencia del genio de los escritores, así como ha sucedido en todas las lenguas. Me atreveré á decir, que no hay una sola de las bellezas que se admiran mas en Cicerón, que no se halle en las obras de Séneca, de Tácito y de Plinio. Por no multiplicar aquí las citas latinas, absolutamente necesarias en esta discu-

sion, ciñámonos á aquel género de bellezas, que sobre todo distinguen al orador Romano, y que hacen tambien á menudo su principal mérito: hablo de aquellas que se contraen particularmente al número, á la harmonía, á la marcha noble y magestuosa, aunque un poco uniforme, de sus periódos.

El pasage de Cicerón que voy á copiar, es tal vez, así como las peroraciones para Fonteyo y para Milón, lo que hay mas sensible y mas patético en sus discursos oratorios. Los pensamientos tienen el carácter y el justo grado de fuerza que convienen al asunto; y si de ellos se exceptúa una frase absolutamente destituída de harmo-

nía (1), y en la qual el oído padece con la repeticion demasiado freqüente de los mismos sonidos, este pedazo de la peroracion á Flacco, me parece que tiene toda la perfeccion de que la elo-

---

(1) *Cui si patrem conservatis, qualis ipse debeat esse civis, præscribetis: sin eripitis, ostendetis &c.*

Esto podria ser muy hermoso entre los Romanos, y es preciso creerlo, supuesto que Cicerón, que escribía tan bien, no ha temido el emplear esta frase en uno de los pedazos mas trabajados de su discurso. Pero segun las ideas que todas las gentes de gusto tienen de la harmonía, nos atrevemos á decir, que es bien dificil el hallarla en este pasage, quando se oye vivamente la de las frases siguientes.

qüencia es susceptible (1). El pasage de Tácito, cuyo género es absolutamente el mismo que

---

(1) *Huic, huic misero puero, vestro ac liberorum vestrorum supplici, judices, hoc judicio, vivendi præcepta dabitis. Cui si patrem conservatis, qualis ipse debeat esse civis, præscribetis: sin eripitis, ostendetis, bonæ rationi, et constanti, et gravi, nullum à vobis fructum esse propositum. Qui vos, quoniam est id ætatis, ut sensum jam percipere possit ex mœrore patris, auxilium nondùm patri ferre possit, orat, nec suum luctum patris lacrymis, patrem mœrorem suo fletu, augeatis. Qui etiam me intuetur, me vultu appellat, meam quodammodò fiens fidem implorat; ac repetit eam, quam ego patri suo quondam pro salute patriæ spoponderim, dignitatem. Miseremini familiæ, judices,*

mi-

el de Cicerón, tiene sin duda otro carácter, que debe atribuírse menos á la naturaleza del asun-

---

miseremini fortissimi patris, miseremini filii: nomem clarissimum et fortissimum, vel generis, vel vetustatis, vel hominis causa, reipublicæ reservate.

Acabamos de oír al mas eloqüente de los oradores; escuchemos ahora al primero de los historiadores, y veamos cómo hace hablar á Germánico muriendo, á los amigos que le rodeaban.

Si fato concederem, justus mihi dolor, etiam adversos deos, esset, quod me parentibus, liberis, patriæ, intra juventam præmaturo exitu raperent. Nunc scelere Pisonis et Plancinæ interceptus, ultimas preces pectoribus vestris relinquo. Referatis patri, ac fratri, quibus acerbitatibus dilaceratus, quibus insidiis cir-

to, que á la diferencia del genio de los escritores. Pero el tono, aunque mas variado, como

---

circumventus, miserrimam vitam pessimâ morte finierim. Si quos spes meæ, si quos propinquus sanguis, etiam quos invidia erga viventem movebat, inlacrimabunt, quondam florentem, et tot bellorum superstitem, muliebri fraude cecidisse. Erit vobis locus querendi apud senatum, invocandi leges. Non hoc præcipuum amicorum munus est prosequi defunctum ignavo questu; sed quæ voluerit, meminisse, quæ mandaverit, exsequi. Flebunt Germanicum etiam ignoti: vindicabetis vos, si me potius, quam fortunam meam fovebatis. Ostendite populo romano divi Augusti neptem, eandemque conjugem meam: numerare sex liberos. Misericordia cum accusantibus erit; fingentibusque scelesta manda-

ta,

en efecto debia serlo, ¿es menos verdadero, menos natural; la eloqüencia menos sensible y

---

ta, aut non credent homines, aut non ignoscent.

Juravere amici, dextram morientis contingentes, spiritum ante, quam ultiorem, amissuros... Neque multo post extinguitur, ingenti luctu provinciæ, et circumjacentium populorum. Indoluere exteræ nationes regesque: tanta illi comitas in socios, mansuetudo in hostes: visuque, et auditu juxta venerabilis, cum magnitudinem et gravitatem summæ fortunæ retineret, invidiam et adrogantiam effugerat.

Como entre nuestros lectores se hallará, sin duda, quien no entienda el latin, ponemos aquí la traduccion fiel de estos pasages. Pero creemos deber prevenirles, que el de la peroracion de Cicerón, solo ex-

menos persuasiva? ¿Hace una impresion menos fuerte y menos profunda en el alma del lec-

---

explicará el sentido: las bellezas del original, pertenecen todas al genio particular de la lengua latina, y deben por conseqüencia desaparecer en otro idióma.

"Vosotros dareis, Señores, re-
»glas de conducta á ese jóven des-
»graciado, vuestro suplicante, y
»el de vuestros hijos. Vosotros le
»prescribiréis lo que debe ser un
»ciudadano Romano, si le conser-
»vais á su padre; pero si se lo
»arrancais, hareis ver que no pro-
»poneis á su ingenio sabio, firme
»y sólido, el recoger fruto alguno.
»Como está en una edad proporcio-
»nada para conocer la desgracia
»de su padre, sin poderla socorrer,
»os suplíca no aumenteis con las
»lágrimas del padre el dolor del hi-
»jo,

tor? El oído, ese juez tan severo, tan delicado y tan desdeñoso, ¿queda menos satisfecho?

„jo, ni con las lágrimas del hijo „el dolor del padre. Tambien vuel- „ve hácia mí sus ojos, con sus mi- „radas me llama, y parece que re- „clama, llorando, mi palabra, vol- „viendome á pedir aquella gloria „que habia en otro tiempo prome- „tido á su padre por haber sal- „vado la patria. Tened piedad de „esta familia, Señores; habed pie- „dad de un padre tan generoso: „habed piedad de su hijo; y con- „servarle á la república un ciuda- „dano tan ilustre y tan valiente, „en consideracion á sus ascendien- „tes, á su ancianidad y á su per- „sona." Cicer. *Orat. pro* Flacco, *n.* 42, *tom.* 5, *pág.* 275, *edit Olivet.*

He seguido, excepto algunas variaciones que he hecho, la version

Preguntémos á los que las preocupaciones de colegio no alucinan, y que han adquirido, por

---

sion antigua. Por lo que hace al pasage de Tácito, me serviré de la traduccion mas fiel, mas elegante y mas precisa que tenemos, y la única que puede dar una grande idea del original á los que no entienden el latin; dice así:

"Si una muerte natural me ar-
»rebatáse, podria quejarme con jus-
»ticia de los dioses mismos, por-
»que en la flor de mi edad me ar-
»rancaban de mi familia y de mi
»patria; pero inmolado hoy por
»el crimen de Pisón y de Planci-
»no, deposíto en vuestros corazo-
»nes mis últimas plegarias. Id, y
»contad á mi padre y á mi herma-
»no las crueles penas que me han
»suscitado las perfidias, de las qua-
»les he sido el blanco, y la funes-

un estúdio reflexîonado de los grandes modelos, el derecho de ser mal contentadizos; pregun-

---

„ta muerte que pone fin á mi des„graciada vida. Aquellos á quienes „me unieron los vínculos de la san„gre y mis esperanzas; aquellos „mismos tambien, á los quales la „envidia indispuso contra mí, llo„rarán á un jóven Príncipe, que „pudo escapar á tantos combates „para perecer en médio de su glo„ria por la maldad de una muger. „Reclamad la justicia del Senado; „invocad las leyes. El principal de„ber de la amistad, no estriba en „honrar con vanos pesares al que „se ha perdido; sino en acordarse „de sus voluntades, y en cumplir„las. Los mismos desconocidos llo„rarán á Germánico; vosotros le „vengaréis, si le amabais mas que „á su fortuna. Mostrad al pueblo „Ro-

témosles, si las seis últimas líneas del pasage de Cicerón, en las quales ha empleado uno de aquellos mas hermosos movimientos del arte oratorio, son mas numerosas; si excitan en el espíritu ideas mas sombrías y mas

---

»Romano la nieta de Augusto, mi »esposa; contad en su presencia »mis seis hijos. Se interesarán por »los acusadores; y si los acusados »suponen órdenes infames, se les »castigará quando se creyesen.

»Los amigos del moribundo »Príncipe, tocandole la mano, ju»raron, ó perecer ó vengarle. Poco »tiempo despues espiró, dexando »en la desolacion toda la provin»cia y las naciones comarcanas. »Los extrangeros y sus Reyes le »lloraron: Príncipe amable para »los aliados, humano con los ene-

 »mi-

lúgubres, que esta frase de Tácito, cuyas palabras se mueven tan lentamente, y que parece tambien de una extension desmedida: *Neque multo post extinguitur, ingenti luctu provinciæ, et circumjacentium populorum, indoluere exteræ nationes regesque* (1). Pregunté-

---

„migos, imprimia el respeto con „sus discursos, y con su sola pre„sencia; no teniendo de la supre„ma grandeza sino la dignidad, que „forma su precio, y no la altane„ría, que la hace odiosa."

Tácit. *Annal. libro* 2, *cap.* 71 *et* 72.

(1) Poco tiempo despues espiró, dexando en la desolacion toda la provincia, y las naciones circunvecinas. Los extrangeros y sus Reyes le lloraron.

mosles si la harmonía de este pedazo es menos perfecta y mas facil de exponerse, que la de esta exclamacion tan patética: *Miseremini familiæ, judices, &c.*

No se trata de saber si el discurso de Germánico es mas ó menos hermoso, que el pasage de la peroracion por Flacco: sería preciso no tener equidad, discernimiento, ni gusto, para echar en cara á Cicerón el no haber pensado tan profundamente como Tácito, en una circunstancia y en una materia, en la qual habria sido muy fuera de propósito. No comparamos aquí estos dos pedazos, sino en las qualidades que les son comunes; y no nos atrevemos á asegurar, que el pasage de Tácito basta para

probar que este grande historiador sabe, quando quiere, y siempre que su objeto lo exîge, dar á su estílo el número y la harmonía que caracterizan el de Cicerón. Lo mismo sucede con Séneca y con Plinio, de los quales podriamos citar aquí varios pasages, en donde se hallan todas las bellezas del estílo del orador Romano.

Lo que injustamente tacha Quintiliano á Séneca, es el haber corrompido el gusto de los jóvenes de su tiempo. ¿Qué idea podria tenerse del discernimiento de este grande hombre, si se juzgáse de él por esta crítica ridícula, renovada en nuestros dias con tan poco fundamento contra Fontenelle? Porque se le acusa, así como á Séneca, de haber ex-

traviado á una tropa de jóvenes autores, que lisongeandose de obtener los mismos elógios y la misma celebridad, han querido tomar su tono, imitar su estílo, y no han sido sino copiantes malos del uno y del otro. Pero no hay que sentir, ni relativamente al siglo de Séneca, ni al nuestro, la pérdida de semejantes escritores. Há mucho tiempo que pronunciaron este justo anatema contra los imitadores en general: ¡*Ó imitatores, servum pecus*! Es verdad que Racine creyó deber imitar á Corneille. Ambicioso de gloria, presagio felíz en un jóven, y testigo de los progresos del autor de Cinna, ardía de deséo por participar de ellos; su ingenio fué subyugado, y arrastrado tambien de tan grande

exemplo; pero entonces era jóven; y esta especie de entusiasmo hácia un género, al qual no le llevaba la naturaleza, duró poco: tambien el interválo que separa á Alexandro de Andrómaca, es inmenso: es un paso de gigante.

Pudiendo ser original, no se copia: todos aquellos que en qualquier género que sea, siguen baxamente los pasos de los otros, son incapaces de abrirse una ruta nueva; ésta es una confesion tácita de su debilidad: si siguen, es porque no pueden preceder. Séneca y Fontenelle, para hablar aquí segun las preocupaciones de Quintiliano, no han extraviado sino á aquellos que se habrian perdido sin ellos, y que no teniendo el instrumento

con el qual se imprime el sello en la carrera de las ciencias ó de las letras, estaban destinados por la naturaleza á escribir sin ingenio, y á vivir sin gloria. Con un poco de tacto y de instinto, habrian conocido que de todos los modelos, Séneca y Fontenelle eran acaso los mas dificiles de imitar. En efecto, su estilo tiene precisamente el carácter de su entendimiento: los dos, finos, sutiles, ingeniosos y profundos, se distinguen por un modo particular de decir las cosas, y de pintárselas á la imaginacion. En cierto modo se habian formado una lengua á parte, y ésta era la de sus ideas; secreto que parece se reservaron: tienen sobre todo el mérito raro de divisar los objetos mas usuales por

lados que les son propios, y sobre los quales, nadie, antes de ellos, habia echado sus miradas; y de dar, con una expresion felíz y atrevida, ó por una cierta vuelta viva y original, las gracias y la frescura de la novedad, á pensamientos que se acercan mas á las verdades comunes y elementales; talentos, que ni se adquieren, ni se imitan.

No se debe, pues, báxo pretexto de que las obras de Séneca y Fontenelle han hecho, las unas en Roma, y las otras en París, una multitud de frios imitadores, acusar á estos filósofos de haber corrompido el gusto de sus contemporáneos. Cien malas copias de un buen quadro, no prueban nada contra la excelencia del original.

Esta decadencia del gusto, muy sensible ya, segun los críticos, en el siglo de Lucano, de Séneca, de Tácito, de los dos Plinios y de Quintiliano, es puramente imaginaria, y ni aun era posible. Un fenómeno de esta naturaleza, y que depende del concurso de tantas causas diversas, no sucede en un interválo de tiempo, tan corto (1) como el que separa el reynado de Augusto, del de Trajano; sobre todo, quando este interválo está lleno por una succesion no in-

(1) Augusto murió el año 767 de la fundacion de Roma; y el principio del reynado de Trajano fué en 852, de la misma fundacion: lo que solo forma un interválo de 85 años.

terrumpida de hombres de ingenio, cuyas obras ofrecen, cada una en su género, las mismas bellezas, y son freqüentemente mas útiles por su objeto, que las de los autores que los han precedido en la misma carrera.

En lugar, pues, de suponer entre los escritores de estos dos siglos, igualmente memorables en la historia de las ciencias y de las letras, una diferencia que no exîste, los comentadores debieron observar en ellas, una que parece muy real. Es, que los autores del siglo de Nerón, de Domiciano y de Trajano, tienen mucho mas talento que los del siglo de Augusto. No se puede leer con alguna atencion á Séneca, Tácito y los dos Plinios, &c. sin notar en ellos

una abundancia, ó, si se quiere, un luxo de ideas que asombra: puede ser tambien que no se hallen exêntos enteramente de una afectacion ú oficiosidad, en manifestar talento y profundidad. Pero me parece que con respecto á esto, es tan dificil ocultar la riqueza, como la pobreza. Si el ingenio no puede ser, ni es, en efecto, sino el talento, ó la facultad de percibir entre los objetos diversos un mayor número de relaciones, de conveniencias ó de diferencias, de deducir finamente de un principio general las conseqüencias mas apartadas, y de unir mas verdades entre ellas; es evidente que sobre este punto, así como sobre otros muchos, vale mas pecar por ex-

ceso, que por defecto (1).

Por otra parte, en un siglo donde los hombres que unen á una gran capacidad y penetracion, una imaginacion viva y fuerte, se ocupan en estudios serios, y se inclinan á las materias de razonamiento, arrastran con su exemplo y reputacion, á los buenos y á los malos escritores de la nacion: poétas, historiadores, literatos y sabios, todos quieren tener muchas ideas; todos quieren parecer ingeniosos

---

(1) Con el entendimiento sucede lo que con el dinero en siendo avaros: jamás se tiene bastante. Y aquí puede decirse con el mundano: "Lo superfluo, es cosa necesaria."

y profundos; y todos, en fin, quieren brillar y derramar una grande luz; y este mismo deséo debe descubrirse en sus obras, y hacer algunas veces un poco sutiles á estos escritores. El espíritu filosófico, que es el carácter dominante de nuestro siglo, y al qual debemos los rápidos progresos que las ciencias y las artes han hecho despues de cincuenta años, ¿no tiene una influencia señalada sobre las gentes literatas, y hasta sobre las gentes populares? Éstas introducen mas ó menos filosofía en sus conversaciones; aquellas en sus discursos y en sus libros; pero las unas y las otras, sea que hablen ó que escriban, se esfuerzan en probar que la tienen, y que ninguna de las materias que ella abraza, le

son desconocidas; porque en punto á conocimientos y descubrimientos, es tan vergonzoso quedar debaxo de su siglo, como perjudicial el adelantarse á él. El hombre de ingenio que, arrojandose mas allá de la esfera comun, osa levantar una parte del velo de la naturaleza, y exponer el primero á los ojos todavía delicados y poco exercitados de sus contemporáneos, verdades, cuyo resplandor les hiere; y el hombre tenáz ó limitado, que en medio de la sociedad mas ilustrada conserva las preocupaciones, la ignorancia y la ceguedad de sus antepasados, están igualmente fuera de su lugar. Estos están en la cadena general, sin poderla llevar, ni seguir. Estos son, por hablar un momento, la lengua de

los naturalistas, dos indivíduos solitarios y heterogéneos, de quienes no pueden hallarse las vivas analogías.

Es, pues, verosímil que Séneca, Quintiliano, Tácito, los dos Plinios, &c. despues de haber dado impulso á su siglo, lo han podido recibir de él. Sea que el gobierno militar, y quasi absoluto de los Emperadores, no dexando ya, como otras veces, la administracion de los negocios públicos al poder y á la discrecion de los oradores, los Romanos hubiesen descuidado poco á poco el estúdio del arte oratorio, que no podia conducirles á los honores, ni á la fortuna; sea que las ciencias y la filosofía, mas cultivadas entonces, hubiesen debilitado su entusiasmo para la

eloqüencia, que Montaigne llama, "un arte fullero y menti-„roso," y que de todos los generos de literatura, es, en efecto, aquel del qual nos disgustamos mas facilmente en envejeciendo; sea que ellos conociesen la necesidad de aplicar las fuerzas, y la actividad de su entendimiento á objetos mas importantes, que, sin excluír directamente la eloqüencia, no son de su resorte; ó sea, en fin, que las obras de Séneca, de Tácito y de los dos Plinios, hubiesen hecho á los Romanos mas dificiles sobre la eleccion de los pensamientos, y que con respecto á esto, exîgiesen mas de aquellos mismos, de quienes habian obtenido mas, y que habian sido para ellos modelos de comparacion; ello es cierto, que

todos los autores que han florecido despues de Nerón, hasta Trajano, tienen un modo de ver, de juzgar, de sentir y de explicarse, que les es propio, y que puede mirarse como el resultado necesario de aquella extension de conocimientos, de aquellas miras nuevas y finas, y de aquella superioridad de razon que distinguen á estos escritores, de los del siglo de Augusto.

Qualquiera que sea la causa de este hecho, de la que no hablan los comentadores, nada puede concluírse contra la pureza del gusto, del estílo y de la latinidad de Séneca, de Quintiliano, de Tácito, &c.; y esto es lo que los críticos debieron notar sin duda, si la especie de sagacidad, que supone la restitucion

de una palabra ó de una frase corrompida en los autores antiguos, no fuera menos rara, y menos útil, que la que hace descubrir y determinar con precision las semejanzas y las diferencias mas ó menos sensibles de ciertos siglos comparados entre ellos, y las causas generales y particulares, constantes y accidentales de las unas y las otras.

Por lo demas, todos los defectos que atribuyen á Séneca, y que la ignorancia ó la mala fé han exâgerado tan freqüentemente, desaparecen en el extracto que publicamos hoy, para no dexar ver sino bellezas de primer órden; pero, á pesar de tantas ventajas, aquellos que han leido á Séneca (y ¿quál es el hombre instruido ó filósofo á

quien este autor no sea tan familiar, como Horacio y Tácito?), confesarán sin trabajo, que con su moral unida así; en una palabra, con esta recopilacion, comparada con el original, sucederá lo mismo que con los libros de Varrón sobre las materias de filosofía, de las quales Cicerón juzgaba de este modo: "que ha„bia dicho bastante para inspi„rar el gusto, pero no para dar „el conocimiento de ellas (1)."

En efecto, no se han podido juntar á las diferentes máxîmas ó reflexîones que se han elegido, todos los desenrollos que cier-

(1) *Philosophiam multis locis incoasti ad impellendum satis, ad edocendum parùm.* Cicer. *Acad. Quæst. lib.* 1, *cap.* 3, *edic. Davis.*

tas ideas, sea principales, sea accesorias ó intermedias, parece exîgian, y que se encuentran en el texto, algunas veces tambien con demasiado luxo y profusion: no se ha tomado, por decirlo así, sino lo encumbrado (1): no se han presentado sino los resultados; y no se teme el sacrificar la nobleza de la forma á la riqueza del fondo. Se deben, pues, esperar omisiones mas ó menos importantes; pero inevitables, y hasta necesarias en el extracto de un libro, donde el lector, obligado á juzgar entre un gran número de pensamientos, tan presto finos y delicados, tan presto

---

(1) *Summa sequar fastigia rerum.* Virgil.

fuertes y profundos, algunas veces dulces, siempre ingeniosos y picantes, aun quando puedan ser contestados, no sabe freqüentemente, ni los que debe desechar, ni elegir (1).

Los que han tratado de paradoxa la preferencia que hemos dado (2) en otra parte á Séneca sobre Cicerón, considerado solamente como moralista, como pensador; en una palabra, como

(1) *Nimia voluptatis copia turbatus fruendi laborarem inopia.* Apuleji, *Metamorph. lib.* 5, *p.* 105, *edit. Priæi*, *Goudæ*, 1650.

(2) Véase la advertencia del editor á la cabeza del primer tomo de las obras de Séneca, traducidas por Mr. la Grange, p. 14, 15 y siguiente.

filósofo, puede ser que encuentren esta asercion menos atrevida, si quieren leer con atencion este extracto de su moral, y formar despues una coleccion de las obras del orador Romano, que responda á la importancia de éste. El resolver de este modo la qüestion, nos parece el mas simple y mejor medio: éste será tambien la sola respuesta que opondremos á sus objeciones, en las quales habrian sin duda puesto menos acrimonia y mas solidéz, si fuera tan facil hacer un buen razonamiento, como decir injurias.

Una triste reflexîon que hay motivo de hacer freqüentemente en recorriendo la historia de los hombres célebres, es, que estos han tenido en todos tiempos, y

en todas las naciones, un destíno comun. Se les ha tratatado como á este (1) virtuoso Romano, á quien sus enemigos juz-

(1) Trátase aquí de Quinto Scévola. Cicerón, de quien tomó este hecho, nos ha conservado las propias palabras del acusador de este grande hombre. Estas son tan notables por la valentía y la singularidad de la expresion, como por la desvergüenza y confesion del calumniador.

Cum ab eo quæreretur quid tandem accusaturus esset eum quem pro dignitate ne laudare quidem quisquam satis commodè posset, ajunt hominem (ut erat furiosus) respondisse, quod non totum telum corpore recepisset. Apud Cicer. *Orat. pro Sexto Roscio Amerin. cap.* 12, *edit. Grævii.*

garon digno de una nueva acusacion, por lo mismo que no se habia rendido á la primera. Los que no pueden perdonar á Séneca el haber sido un hombre grande, se vengan de él combatiendo su providad: no es al autor á quien persiguen ya; há mucho tiempo que perdieron la esperanza de ofender su gloria, y así le dexan reposar en paz á la sombra de sus laureles; es á su carácter moral contra quien hoy apuran los dardos de su malignidad; hacen justicia á sus talentos, menos por miramiento á su reputacion, que por tener el ayre de dispensadores de la alabanza, y de la crítica con la misma imparcialidad: ¡tan cierto es, que la estimacion es un penoso sentimiento para la mayor parte

de los hombres, y la que mas dificilmente dispensan, sobre todo, á los que se ven obligados á admirar!

Este progreso de los malos, en el arte de perjudicar, le habria afligido mas, que no le hubiera sorprehendido; él habia previsto estos últimos esfuerzos del aborrecimiento y de la envidia, como se vé en diferentes pasages de sus escritos.

Nuestra idea no es el refutar aquí las calumniosas imputaciones de esos hombres perversos, bastantemente desgraciados en haber nacido para aborrecer en los otros las virtudes que ellos no tienen, y que, para servirme de la comparacion ingeniosa de un autor moderno, temen á las gentes honradas tanto, como

temen los ladrones de la noche á los faroles: nos contentarémos, pues, con observar, que es dificil llevar mas allá que Séneca el amor del órden y de la virtud, el aborrecimiento (1) del vicio y de la tiranía, la (2) benefi-

(1) Quintiliano, enemigo secreto de Séneca, cuya gloria eclipsaba la suya, le hace, no obstante, esta justicia: que nadie ha manifestado un horror mas violento al vicio: *Egregius tamen vitiorum insectator fuit. Instit. orator. lib.* 10, *cap.* 1, *num.* 129, *edit. Gesner. Lips.* 1738.

(2) La autoridad que citamos, no puede ser sospechosa: es la de un poéta satírico, lleno de hiel y mal humor; pero honrado y justo, y que respeta la virtud en donde la encuentra, así como persigue el

cencia y la pasion del bien público; que su vida en qualquiera época que se considére, ofrece, báxo diferentes puntos de vista, un gran número de acciones útiles, y por consiguiente moralmente buenas, porque la utilidad es la medida comun de lo bello; en fin, que jamás hombre alguno ha sabido hacer-

---

el vicio hasta en el mismo trono, y cuya pluma jamás ha sido formidable sino á los malos. Véase el testimonio público que da á la beneficencia de Séneca, de quien era contemporáneo.

"No se exîgen de tí presentes
»como los que hacía á sus meno-
»res amigos un Séneca, un Cotta,
»y Pisón el bienhechor: la gloria
»de dar, era entonces superior á
»los

se dichoso, de un modo mas conforme á la felicidad de los otros, lo que bastaría solo para darle un derecho á la estimacion general.

No son solo algunos hechos particulares, obscuros y aislados, los que prueban que Séneca era

---

„los títulos, y á las segures rodea„das de varas, que llevaban delan„te de los Magistrados Romanos."

Nemo petit, modicis quæ mittebantur amicis
A Seneca, quæ Piso bonus, quæ Cotta colebat
Largiri; namque, et titulis, et fascibus olim
Major habebatur donandi gloria.

He seguido la traduccion de Mr. Dusaulx. *Véase á* Juvenal, *sátir.* 5, *vers.* 108 *y siguient.*

bueno (1), sensible, humano y generoso; sino el tenor entero

---

(1) Aquí se me acuerda un pasage de una de sus cartas, que voy á exponer, menos con la esperanza de obligar á callar á sus detractores, que con el deséo de confirmar á las gentes honradas en su aprecio hácia este grande hombre, y en su justo desprecio hácia aquellos que despedazan su memoria.

"En la extrema extenuacion, que
»fué el resultado de una larga en-
»fermedad, dice, tuve varias veces
»la tentacion de acabar con mi vi-
»da; me detuvo la vejéz de un
»padre que me amaba tiernamente;
»pensé menos en la fuerza que te-
»nia para darme la muerte, que
»en la que le faltaba á aquel para
»soportar un dolor semejante. Con-
»seguí conmigo que viviría; alguna
»vez hay valor para vivir." Lo que si-

de su vida (1). Se ve sobre todo, por un monton de pormenores preciosos é interesantes, de

---

sigue no es menos hermoso. Hay placer en ver á Séneca dilatar así su corazon en el seno de su amigo. Estas palabras de una sencilléz tan sensible, y que no se leen sin enternecerse, son los primeros movimientos de un alma honrada y dulce, que se abandona y dexa ver toda entera. Podrian citarse otros cien pasages de sus cartas, en donde se halla el mismo carácter de bondad. Véase sobre todo la carta 104, donde habla de su salud, y de la ternura inquieta de Paulina, su muger, hácia él: nada es mas interesante que lo que dice sobre esto.

(1) El verdadero espejo de nuestros discursos, es el curso de nuestras vidas.

sus costumbres privadas, que estas qualidades tan estimables, origen de una multitud de instantes deliciosos, perdidos para los hombres frios ó malos, eran en él, no el efecto de los principios y de las austéras lecciones de su secta, siempre inútiles quando luchan contra la naturaleza; sino virtudes de temperamento, fortificadas luego con la reflexîon, y que se habian hecho tambien en él una necesidad, así como sucede con todos los hábitos fuertes.

Otra observacion no menos importante, y que probaría tambien en favor de Séneca, quando no se tuvieran por otra parte testimonios tan incontestables de la bondad de su corazon, es, que puede establecerse como una

regla general, y que sufre tambien muy pocas excepciones; que los hombres que han trabajado mas en cultivar su entendimiento, en rectificar su juicio, y cuya inquisicion de la verdad ha sido la ocupacion mas constante y fuerte, son al mismo tiempo aquellos cuya providad es la mas severa, y su moral práctica la mas pura; porque mientras mas luces se tienen, mejor se conoce la importancia y la extension de las obligaciones, y se descubre mas la necesidad recíproca que hay en cumplirlas. Ponganse en un lado de la balanza las ventajas y los inconvenientes del vicio; en el otro la calma y la seguridad de la virtud, los gozos que ésta nos procura, los males que ahorra, aquellos cuya

amargura endulza; apreciese la estimacion de los otros, y la de sí mismo en aquello que valgan, y quedarémos convencidos de que para ser dichosos en este mundo, nada puede hacerse mejor que el ser hombres de bien, y por consiguiente virtuosos.

Uno de nuestros antiguos y mejores escritores, lleno de filosofía, de juicio y de razon, y que ha dicho en punto á moral quanto puede decirse de sublime, llega aquí como apóyo de nuestro parecer: "Quando por su
„ rectitud no siguiera yo el ca-
„ mino derecho (dice), yo le se-
„ guiría, habiendo visto por ex-
„ periencia, que al cabo de la
„ cuenta es el mas dichoso, el
„ mas útil y el mas racional."

Quando uno de los filósofos

de nota definió (1) al malo "un
" muchacho robusto," explicó de
un modo enérgico y preciso, una
de las mas profundas ideas que
el espíritu humano pudo jamás
concebir. ¿Qué es, en efecto, el
malo sino un hombre cuyo cuerpo tiene toda su fuerza, y sus
facultades intelectuales se han
quedado en la infancia? Ahora,
como lo observa un filósofo que
ha desenvuelto bien, y ha visto
la tendencia de este pensamiento; "la malignidad es tanto mas
" grande, quanto la razon es
" mas débil, y son mas fuertes
" las pasiones. Supóngase que un

---

(1) *Malus, puer robustus, vel vir animo puerili.* Linea sublime, y que no podia escribirse, sino por un hombre de ingenio.

„ niño tuviese á las seis semanas
„ la torpeza de juicio de su edad,
„ y las pasiones y la fuerza de
„ un hombre de quarenta años,
„ y sería cierto que entonces gol-
„ pearía á su padre, violaria á
„ su madre, ahogaría á su no-
„ driza, y nada habria seguro
„ como estuviese inmediato á él.
„ Luego la citada definicion es
„ falsa, ó el hombre se hace me-
„ jor á medida que se instru-
„ ye."

Si el ciudadano de Ginebra, que quasi no ve jamás sino un lado del objeto, no ha entendido esta definicion, que puede mirarse como una de aquellas máxîmas generales, que tienen toda la evidencia de los primeros principios; si no ha percibido la conseqüencia importante que

necesariamente se deriva de ella, y que le habria excusado la larga série de sofismas, de que se ha servido para probar que las ciencias y las artes han corrompido las costumbres; es un defecto de lógica demasiado comun en sus obras, para que aquí deba causar la mas ligera sorpresa. Pero lo que puede admirar es, que por negligencia ó por una indiferencia hácia la verdad, muy mal colocada, y muy dificil de excusar en un hombre, que (segun él) era su defensor, haya hecho decir al autor de la definicion, arriba expuesta, lo contrario precisamente de lo que ha dicho, y que le haya tambien imputado sobre otros puntos, diversas aserciones, de las quales no se halla en su libro ni una sola

palabra. Esta falta de exâctitud es tanto mas culpable, quanto el filósofo de Malmesbury, siempre de acuerdo consigo mismo, siempre consiguiente, hasta en sus errores, y cuyos principios estrechamente encadenados, manifiestan bien otra profundidad, otra lógica, y otras fuerzas de espíritu, que las ideas vagas, freqüentemente falsas, y siempre mal atadas del ciudadano de Ginebra, habia tomado todas las precauciones necesarias para hacerse entender, para apartar las equivocaciones tan dificiles de evitar en las materias abstractas, y para no dexar lugar alguno á falsas interpretaciones.

Séneca, observador mas exâcto y mejor lógico, vió muy bien que la virtud no es un presente

de la naturaleza. "Es un arte, " dice, el ser virtuoso. Los pri" meros hombres no lo eran sino " por la ignorancia del mal; pe" ro hay una gran diferencia en" tre no querer el mal, y no sa" ber hacerlo. La virtud no en" tra sino en un alma cultivada, " ilustrada y perfeccionada con " un contínuo exercicio. Nace" mos para ella, pero no con " ella. Los hombres nacidos mas " felizmente, tienen antes de la " instruccion disposiciones para la " virtud, pero no son virtuo" sos."

No se necesita ni una grande penetracion, ni conocimientos muy extensos para encontrar en esta reflexîon de Séneca un carácter de evidencia y de verdad, que no tiene la asercion del

Ginebrino, que pretende que el hombre es *naturalmente* bueno; suposicion tan falsa como la que haria al hombre *naturalmente* malo. En efecto, tan absurdo sería llamar bondad ó maldad natural á este poder ó aptitud particular, y puramente orgánica de la porcion que siente, ó del animal, á moverse mas bien de un modo, que de otro; aptitud anterior al desenrollo de las luces, y tan involuntario, tan mecánico, tan independiente de su consentimiento, y de la porcion que reflexîona y piensa, como el movimiento del corazon y de las arterias: tan ridículo sería, dixe, llamar bondad ó maldad á esta propiedad de la máquina, en tal ó tal indivíduo, como sería ab-

surdo el dar este nombre á este deséo, ó á esta aversion natural que se tiene á ciertos objetos por una ilacion de la conformidad de los órganos, y que induce á aproxîmarse, ó á separarse de estos objetos por un movimiento, el qual, ni se ha querido, ni reflexîonado.

Este principio del ciudadano de Ginebra, sobre la bondad natural del hombre (principio al qual vuelve sin cesar), de que ha hecho la base de su tratado, ó mas bien de su romance sobre la educacion, y que tambien se encuentra en su contrato social, es una idea puramente platónica, fruto de una imaginacion exâltada, y que semejante á los sueños de los enfermos, no presen-

ta otra cosa sino vanas ilusiones y fantasmas (1). Los errores graves y freqüentes á donde este principio le ha arrastrado, prueban, que este hombre habia comenzado demasiado tarde á meditar y á escribir sobre materias abstractas, las quales exîgen freqüentemente una metafísica muy fina y muy suelta, para tener en la filosofía especulativa ideas bien reflexîonadas (2) y bien senta-

---

(1) *Credite, Pisones, isti tabulæ fore librum*
Persimilem, cujus, velut ægri somnia, vanæ
Fingentur species. Horat. *de Art. Poët. vers.* 6, *et seq.*

(2) Este es el origen de tantos malos razonamientos como desaliñan la primera parte de la Profesion

das. El ciudadano Ginebrino nos parece que tiene con uno de los autores mas célebres de este siglo esta semejanza notable, que puede citarse, la una como exemplo el mas vivo de los inconvenientes del espíritu de sistéma en política y en moral, y la otra como una de las mas fuertes pruebas de que no extravía menos en la física y en la historia natural. No porque en toda especie de ciencia no sea preciso el comenzar siempre por una idea sistemática; pero luego la experiencia ha de sostenerla, y darla

---

sion de fé del Vicario Saboyano, donde propone con la mayor confianza objeciones pueriles, las quales, ni aun desfloran el sistéma contra quien se dirigen.

un fundamento sólido para hacer constar su verdad, y hacer ver que la teoría está, quasi en todos los casos conocidos ó supuestos, de acuerdo con los fenómenos; en fin, á colocarla en la clase, demasiado numerosa ya, de las hipótesis, ó tambien á destruírla enteramente. El espíritu de sistéma verdaderamente perjudicial á los progresos de la razon, es el que hace descuidar la experiencia y la observacion, para inventar teorías mas ó menos ingeniosas, sin tener bastantes hechos, ó sin inquietarse en ver si aquellos ya conocidos ó contestados, confirman ó destruyen las suposiciones que se han hecho.

Me parece que puede deducirse de esta discusion, en la qual

la autoridad grave, pero infundada y ridícula, del Ginebrino, nos ha obligado á empeñarnos, que la definicion del malo, arriba citada, y tan vanamente combatida en el discurso sobre la desigualdad, dá una nueva fuerza á nuestra opinion acerca del enlace necesario de las luces y de la virtud. Sin embargo, es preciso confesar, que el estúdio y la filosofía no destruyen las pasiones; pero las templan, arreglan su uso, y las impiden traspasar los límites invariables y sagrados de nuestros deberes, como lo observa juiciosamente Plutarco: "El mayor fruto, dice, que
„ los hombres sacan de la dulzu-
„ ra y benignidad de las Musas,
„ esto es, del conocimiento de
„ las bellas letras, es, que doman

„ y dulcifican su naturaleza, que „ antes era salvage y feróz, en- „ contrando con el compás, el „ medio, y desechando el extre- „ mo (1)." Otro autor, cuya autoridad es tambien de un gran peso en esta materia, dice expresamente, que " es obra de la ra- „ zon y de la disciplina engen- „ drar el cuidado de hacer bien; „ y que el vicio es principalmen- „ te producido por la necedad y „ la ignorancia." Esto es tanto mas cierto, como que los malos no son, como lo hemos notado en otra parte, sino malos calculadores: un corazon recto supo-

(1) Plutarch. *in Coriolan. pág.* 214. *B. opp. tom.* 1, *edit. Paris.* 1624.

ne siempre un talento justo: hay entre estas qualidades una trabazón natural; y, por decirlo así, una conseqüencia tan necesaria de la una á la otra, que si no hubiera entendimientos falsos, no habria malos, á no ser algunos indivíduos, como Nerón ó Commodo, cuya perversidad natural (1) se resiste á toda especie de instruccion, y á la que la educacion, los buenos exemplos y las circunstancias pueden modificar hasta un cierto punto (2),

---

(1) Entiendase esta palabra en el sentido exâcto y preciso que lo hemos empleado arriba, y no en el del ciudadano que allí mismo hemos refutado.

(2) Esto es lo que, poco mas ó menos, dice Tácito en este hermo-

so

y por un cierto tiempo; pero que abandonados, en fin, á su carácter, y libres de la vergüenza y del temor, se vuelven mas feroces, y se precipitan, sin reserva, en el crimen y en la infamia. Pero

---

so pasage de sus Anales, donde nos pinta las costumbres de Tiberio, diferentes segun los tiempos, tomando succesivamente un colorido de atrocidad mas señalada, segun que la ley imperiosa del momento y del interés personal, que manda mas tiránicamente á los Príncipes, que á los demás hombres, se hacía entender mas fuertemente; y en fin, de tal modo depravadas, luego que no hubo alguna razon de disimular, y de ocultar, báxo el exterior de una moderacion aparente, su carácter atróz, que desde este momento no se vé mas en él, si-

suponiendo contra la experiencia y la observacion, que un hombre ignorante, y sin otra regla de conducta que este primer impulso, esta inclinacion maquinal hácia el bien, que corresponde

---

no un monstruo de disolucion y de crueldad.

Morum quoque tempora illi diversa: egregium vitâ famâque, quoad privatus, vel in imperiis sub Augusto fuit; ocultum, ac subdolum fingendis virtutibus, donec Germanicus ac Drusus superfuere: idem inter bona malaque mixtus, incolumi matre; intestabilis sævitia, sed obtectis libidinibus, dum Sejanum dilexit timuitve; postremo in scelera simul ac dedecora prorupit, postquam, remoto pudore, et metu, suo tantùm ingenio utebatur. Tácit. *Annal. lib. VI, cap.* 51.

á la disposicion natural de los órganos, que precede á todo conocimiento y á toda reflexîon, y cuyo grado de fuerza ó de debilidad hace que se nazca dichosa ó desgraciadamente; suponiendo, dixe, que un hombre semejante pueda ser tan bueno, tan honrado, tan virtuoso como otro, instruído y muy ilustrado; no es menos cierto que las buenas qualidades del primero no pueden jamás ser tan ventajosas á la sociedad, ni contribuír tanto á su felicidad propia é individual, como las del hombre que, todas las cosas iguales por otra parte, tiene además luces é instruccion. "Quando se es
„ virtuoso por casualidad, dice
„ muy bien Séneca, no se está
„ seguro de serlo siempre. Supo-

» niendo tambien, que un hombre semejante haga lo que debe, no lo hará continuamente, ni igualmente, porque no conoce los motivos que le determinan á obrar así. La casualidad y el hábito sacarán de él alguna accion honrada; pero no habrá nada que le asegure que lo que ha hecho es honesto. Añadase, que en este estado, quando se hace bien, es sin saberlo. Si el alma no ha recibido de la naturaleza las mas excelentes disposiciones; si despues no ha sido ilustrada con las luces de la razon toda entera, no será bastante para todos los pormenores de una accion. No sabrá quándo, hasta dónde, con qué, ni de qué modo es menester hacerla: ja-

„ más caminará hácia la virtud „ con todos sus esfuerzos reuni- „ dos; ni tampoco lo hará con „ gusto y perseverancia, y se „ parará en el camino.” En efecto, no se trata solamente de ser bueno, de amar el bien y hacerlo, sino tambien de hacerlo á propósito (1), y con discernimiento; es menester saber hacerlo útil con la eleccion del mo-

(1) San Gregorio Nacianceno dice, que las cosas mas hermosas y las mas honestas, dexan de serlo quando no se hacen como se debe; y que para hacerlas como conviene, es necesario que sean hechas en su tiempo. *Orat.* 33, *seu I de Theol. adversum Eunomianum: operum tom. I, pág.* 531, *C. D. edit. Coloniæ, seu Lipsiæ*, 1690.

mento y de la circunstancia; con el talento de hacer nacer ocasiones favorables, y de apartar los obstáculos; y con este arte tan raro y tan necesario de preparar los espíritus hasta para las mejores cosas: *Etenim plurimum refert in quæ cujusque virtus tempora inciderit* (1). Lo que importa sobre todo es, no ser ni mas sabio, ni mejor que lo que es menester. "La sabiduría „es un manéjo arreglado de „nuestra alma, el qual es con- „ducido por ella con medida y „proporcion, y corresponde á „ella. El Ballestero que pasa del

(1) Esto es lo que Metélo decia de Scipión el Africano, *apud* Plin. *Nat. Hist. l.* 7, *cap.* 28, *pág.* 391, *edit. Harduin.*

„ blanco, hace lo que otro que „ no llega á él (1)." En fin, todo, hasta el bien mismo, tiene su límite; y este límite tan dificil de fixar, solo el hombre ilustrado lo conoce; él solo tiene derecho de poseerlo. Hacer lo mejor quando basta lo bueno, es exponerse á hacer lo malo; y esto es lo que sucede freqüentemente á los que tienen demasiado zelo y pocas luces: no saben comunmente, ni de dónde han de partir, ni dónde deben pararse; ignoran, sobre todo, este principio de moral tan fecundo y tan verdadero, de que la mitad es á menudo, mas que el todo (2), y

(1) Montaigne, *Essais*, *liv.* 2, *chap.* 2, *et liv. I*, *chap.* 29.

(2) *Stulti, neque sciunt quantò plus*

que hay casos y circunstancias en las quales el llegar al objeto, es ir mas allá de él. Por otra parte, la ilusion de las pasiones, á las quales están tanto mas expuestos, quanto menos han reflexîonado y han observado menos; las preocupaciones de toda especie, que corrompen su discernimiento, y los inclinan quasi siempre á la peor parte; un ciego respeto á las opiniones recibidas, muy propio para eternizar los errores mas funestos; y una indiferencia con las verdades de un cierto órden, cuyo conocimiento y trabazón necesitaría un gra-

---

plus dimidium sit toto. Hesiodis *Opera et Dies*, *vers.* 40, *edit. Robinson*, *Oxoniæ e Theatro Sheldon* 1737.

do de aplicacion superior á sus fuerzas; todo esto reunido, hace inútiles freqüentemente, y algunas veces nocivos, su amor al bien general, y sus mismas virtudes; de suerte, que podria decirse, que la bondad es para ellos un instrumento muy bueno, del qual no saben servirse (1).

El efecto de la ignorancia no debe juzgarse por las vanas declamaciones de algunos sofistas eloqüentes. Para saber hasta qué punto llega ésta, y es perjudicial, es menester exâminar su influencia sobre un Soberano, so-

(1) Se les podría aplicar lo que un antiguo historiador ha dicho de Sertorio: *Vir summæ quidem sed calamitosæ virtutis.* Florus, *lib.* 3, *cap.* 22.

bre un Ministro, sobre un Magistrado, y hasta sobre un simple particular. En suponiendo, si se quiere, no que estos hayan nacido buenos, porque el hombre no nace, ni bueno ni malo, sino que estén organizados de manera, que puedan hallar mas placer en las cosas honestas (así como se contraen mas facilmente ciertos hábitos); habrá, no obstante, mil circunstancias, en las quales, con las intenciones mas rectas, y con el mas vivo deséo de hacer el bien, causarán los mayores males cada uno en su estado, y segùn la extension de su poder; y su bondad, y hasta su misma virtud, haciendose un manantial fecundo de desórdenes, tendrá todos los inconvenientes del vicio y de la maldad. Báxo

estas ideas decia bien la Roche-foucauld : "Un tonto no tiene „ bastante tela para ser bueno." En sostituyendo al epitéto de tonto, el de ignorante, habrá tal vez dado á su pensamiento una vuelta menos viva y menos original; pero, si no me engaño, habría sido aun mas verdadera.

Sin detenernos mas largo tiempo en esta importante qüestion, cuyo exâmen pediría solo una obra aparte, bastan las reflexîones que acaban de leerse, para probar, que los hombres son tanto mejores, quanto son mas ilustrados: que la maldad es menos un vicio del corazon, que un vicio del entendimiento: que los hombres son malos, precisamente por la misma razon de ser crédulos y supersticiosos, y por-

que son ignorantes y malos lógicos; en fin, que á todos les importa (1) igualmente el ser instruidos; pero que las luces y los conocimientos son necesarios (2), sobre todo, á esta clase

---

(1) Se halla en la Historia un hecho que prueba bien el poder y las ventajas de una buena institucion. Philopoeméno, despues de haber vencido á los Lacedemonios, los precisó á abandonar el modo que tenian de educar sus hijos, y los obligó á tomar el método de los Achenés; porque veía bien, dice Plutarco, que así tendrían siempre grande el alma, y alto el corazon, mientras que observasen las ordenanzas de Licurgo. *Véase à* Plutarco, *vida de Philopoem. opp. tom. I, pág.* 365, *E. F. edit. Paris.* 1624.

(2) A la ignorancia y á la supers-

particular de indivíduos, cuya educacion, siempre descuidada, y demasiado freqüentemente mala, ha hecho decir á un antiguo estas palabras, sin duda exâgeradas: "que podrian grabarse en „un anillo los nombres y los re-

---

perstición de los Atenienses delante de Siracusa, es menester atribuir su derrota. Al momento en que su flota está pronta para hacerse á la vela, la luna se eclipsó. Nicias, que mandaba la armada, en lugar de aprovechar una ocasion tan favorable para retirarse sin noticia de los enemigos, difirió la partida, dexó pasar una revolucion entera de aquel Planeta, y empleó este tiempo en hacer sácrificios á los dioses; lo que fué causa de la ruina de su flota. Plut. *in Nicia*, *pág.* 538, 539, *edit. cit. ubi sup.*

„tratos de los buenos Princi-
„pes (1)." Hemos creido obligacion nuestra el consagrar aquí algunas líneas á las ciencias y á las letras, y á la defensa de un hombre que hizo de ellas sus delicias, y á las que debe su reputacion. A su ardor constante (2)

---

(1) *Vides, quæso quàm pauci sint Principes boni, ut benè dictum sit à quodam nimico scurra claudii, hujus temporibus, in uno anulo bonos Principes posse perscribi, atque depingi.* Vopiscus, *in Aurel. cap.* 42.

(2) El mismo nos dice que no dexaba un dia siquiera ocioso. " Yo
„doy al estúdio una buena parte
„de la noche, dice: yo no me en-
„trego al sueño, sino que me rindo á
„él: siento mis ojos pesados, co-
„mo prontos á caer de sus órbitas,
„sin dexar de tenerlos fixos sobre
„la

por el estúdio; al cuidado que habia tenido desde su juventud, de exercitar su entendimiento en la lectura y meditacion; á aquel deséo de gloria, última pasion, que se apaga aun entre los mismos sabios, segun Tácito (1), y sin la qual no se hace nada bueno, útil y grande en ningun género, debió el conocimiento

---

„la obra. Me separé de la sociedad, „y he renunciado todas las distrac„ciones de la vida. Yo me ocupo „de nuestros nietos: medíto algu„na cosa que me sobrevivirá, y que „les sea saludable; estas son espe„cies de recetas contra sus enfer„medades." Senec. *ep.* 8.

(1) *Etiam sapientibus cupido gloriæ novissima exuitur.* Tacit. *Hist. l.* 4, *c.* 5, *in fine.*

profundo de las conveniencias necesarias que subsisten entre los hombres, y de los deberes que imponen. "La naturaleza, añade, formandonos de los mismos
„ principios, y para el mismo fin,
„ nos ha hecho hermanos: ella
„ es la que nos ha inspirado una
„ beneficencia mútua, y la que
„ ha sido causa de nuestra socia-
„ bilidad: ella es la que ha esta-
„ blecido la justicia y la equidad;
„ y en virtud de sus leyes, es
„ mayor desgracia el hacer mal,
„ que el recibirlo; y ella es la
„ que nos ha dado dos brazos
„ para ayudar á nuestros seme-
„ jantes. Tengamos, pues, siem-
„ pre en el corazon y en la boca
„ estos versos de Terencio: Yo
„ soy hombre, y nada me es in-
„ diferente de quanto interesa á

„ la humanidad. Tenemos un na-
„ cimiento comun : nuestra socie-
„ dad es semejante á las piedras
„ de una bóveda, cuyo apóyo
„ mútuo la sostiene."

Séneca se habia elevado por sus reflexîones, por lo justo de su entendimiento poco comun, y por el talento no menos raro de generalizar sus ideas, á aquella teoría tan simple y tan verdadera, que funda la moral sobre la naturaleza del hombre; que no cambia, sobre sus necesidades y sus placeres físicos; que son los mismos en todos los lugares, en todos los tiempos, y para todos los indivíduos, y sobre sus relaciones sociales. Los preceptos de esta moral dulce, pura, y que conviene tan bien á seres débiles y llenos de imper-

fecciones, están esparcidos en sus obras, y los exemplos de ellos depositados en su vida. Como el estoicismo, segun lo he dicho en otra parte (1), es un puro negocio de temperamento y de carácter, en una palabra, de organizacion; estas causas tan poderosas, de las quales dependen quasi enteramente nuestros vicios y nuestras virtudes, que hacen de tal ó tal hombre un estúpido ó un hombre de ingenio, contra las quales lucha la educacion siempre en vano, y que disponen de nosotros en todos los instantes de nuestra vida, han debido necesariamente influir so-

(1) Véase el Discurso Preliminar sobre el Manual de Epicteto.

bre el juicio que algunos filósofos antiguos y modernos han formado de este hermoso sistéma de moral: de donde procede la repulsa que han hecho á los estoicos, de exâminar todos los deberes, y de suponer al hombre, mas fuerte y mas grande que la naturaleza.

Puede responderse en general á esta objecion con una reflexîon que nos parece tener aquí su aplicacion directa; y es: "que
» á cada qual le parece tener en
» sí la señora de la naturaleza; se-
» gun ella, es preciso arreglar
» todas las otras. Los pasos que
» no tienen semejanza con los su-
» yos, son fingidos y falsos. Si
» se la propone alguna cosa de
» las acciones ó facultades de otra,
» lo primero que consulta á su

„ juicio, ès su exemplo; segun
„ va éste á preguntarla, así va el
„ órden del mundo. ¡Óh bestia-
„ lidad perjudicial é insoporta-
„ ble!"

Aunque Séneca, sumiso como los otros á la accion de las causas, de que he hablado arriba, ha templado mucho la austeridad del estoicismo, lo que hace su moral menos rígida, ó, si quieren, mas practicable y mas acomodada á nuestra debilidad, que la de Epicteto; no está menos convencido de que la secta de Zenón nada enseñaba que sobrepujáse las fuerzas del hombre: tambien refuta con tanta eloqüencia como solidéz á los que empleaban este argumento especioso para combatir los principios del pórtico. "Nada hay mas comun,

„ dice, que gentes que miran
„ como imposible todo aquello
„ que no pueden hacer; que nos
„ acusan de que damos precep-
„ tos demasiado severos, y de
„ tener un lenguage cansado, y
„ poco á propósito para la natu-
„ raleza humana. ¡Quán mejor
„ idea tengo yo de ellos! Todo
„ lo que decimos, pueden hacer-
„ lo; pero no quieren. Que me
„ citen un hombre, cuyas tenta-
„ tivas hayan sido infructuosas,
„ y que no haya encontrado nues-
„ tros preceptos mas fáciles en la
„ práctica. No porque son difi-
„ ciles, no osamos emprehender-
„ los; porque no los emprehen-
„ demos, son dificiles. Nosotros
„ defendemos á nuestros vicios,
„ porque les somos afectos; y
„ queremos mas bien disculpar-

„ los, que arrojarlos. La natura-
„ leza presta al hombre bastan-
„ tes fuerzas, si quisiera usar de
„ ellas, unirlas, y emplearlas en
„ defenderse, ó á lo menos, no
„ abusar de ellas para perderse.
„ El defecto de voluntad, es la
„ verdadera razon; y el defecto
„ de poder, es el pretexto."

Parece, por otra obra de Séneca dirigida á Nerón, jóven todavía, que los cortesanos, enemigos de todo bien por estado (1), freqüentemente por carácter, y que poco mas ó menos son los mismos en todas las Cortes, no dexaban escapar ocasion alguna de inspirar á este Príncipe aver-

---

(1) Tácito los ha pintado de un solo rasgo: *Pessimum inimicorum genus, laudantes.*

sion á los estoicos, y represen-
tarle á estos filósofos como hom-
bres perjudiciales, que debia so-
bre todo apartar de su Palacio,
y cuya doctrina austéra y sal-
vage, no era propia sino para
hacerle insensible á las desgracias
de sus pueblos, y cerrarle en ade-
lante los oídos á sus quejas, y
su corazon á la compasion. Sé-
neca, que temia con razon el efec-
to de estas acusaciones insidiosas
en el alma de su educando, res-
ponde á ellas con mucha fuerza
y precision; y este pasage, es
tanto mas importante, quanto ha-
cer ver á las claras la injusticia
de los vituperios que en aquel
tiempo mismo decian al estoicismo,
del qual algunos modernos parece
no han conocido mejor el espíritu.

"Yo sé, dice, que los ig-

» norantes desacreditan la secta
» de los éstoicos, como dura é
» incapáz de dar á los Príncipes
» buenos consejos: la acusan de
» que prohibe al sabio la compa-
» sion y la indulgencia. En efec-
» to, estos preceptos, conside-
» rados en sí mismos, son odio-
» sos; parece que ellos quieren
» quitar todo recurso á los ex-
» travíos de los hombres, y exî-
» gir que se castiguen todas las
» faltas. Si fuera esto así, sería
» preciso reprobar una secta que
» proscribe la humanidad, que
» cierra al hombre el puerto mas
» seguro contra los golpes de la
» suerte, que es la mútua tole-
» rancia; pero no hay secta mas
» indulgente, mas dulce, mas
» amiga de los hombres, y mas
» atenta al bien general de ésta;

„ ella se propone ser útil y de
„ socorro, no solamente á ella
„ misma, sino á la sociedad en
„ general, y á cada indivíduo en
„ particular."

La historia y los hechos rinden aquí testimonio á Séneca: se ve, en el retrato que Tácito ha trazado de Helvidio Prisco, con aquella valentía y fiereza de pincél que lo caracterizan, que la moral práctica de los estoicos, era menos propia á hacerlos amables y respetables á todas las gentes honradas, que la parte puramente teórica de su sistéma, á conciliarles la estimacion. En efecto, no se ceñian á dar excelentes preceptos (que es lo que todo hombre bueno ó malo puede hacer), sino á conformar escrupulosamente á ellos su conducta: lo

que solo pertenece al hombre de bien, y lo que sobre todo le distingue del malvado, que habla como el hombre virtuoso (1).

"Helvidio, dice Tácito, abrazó esta secta de filósofos, los quales sostienen, que nada es bueno, sino lo que es honesto; y nada es malo, sino lo que es vergonzoso; y que el poder, el nacimiento, y todo lo que está fuera del hombre, no es para él ni bueno ni malo. Nada sacó con mas codicia de las costumbres de su suegro, que el amor de la libertad: ciudadano, senador, marido, hierno, amigo, fiel en cumplir to-

(1) *Qui Curios simulant, et Bacchanalia vivunt.*

Juvenál, *sátir.* 2, *vers.* 3.

„ dos los deberes de la vida, des„ preciador de las riquezas, era „ de un tesón inflexîble en las „ cosas justas, é inaccesible al „ temor (1)."

Si las gentes de letras, poco dignas de este nombre, y que no tienen mas derecho para ser severas en la moral, que en el gusto, se atreven hoy á desacreditar á Séneca, y ajár su memo-

(1) *Doctores sapientiæ secutus est, qui sola bona, quæ honesta; mala tantùm, quæ turpia potentiam, nobilitatem, cæteraque extra animum, neque bonis, neque malis, annumerant... e moribus soceri, nihil æquè, ac libertatem hausit: civis, Senator, maritus, gener, amicus, cunctis vitæ officiis æquabilis, opum contemptor, recti pervicax, constans adversus metus.* Tacit. *Hist. lib.* 4, *cap.* 5.

ria, será una venganza tan ridícula, como báxa y despreciable en su principio; y nada prueba mejor la verdad de esta reflexîon de un filósofo perseguido, calumniado, como Séneca, durante su vida, y despues de su muerte, y de quien todo el crimen es tambien el haber sido un hombre grande; falta que la envidia no perdona jamás: "Muchas
» veces, dice, es mas facil ser
» hombre de bien, que pasar
» por tal. Para ser hombre de
» bien, no es menester mas, sino
» que venzais vuestras pasiones;
» pero para parecerlo, es preciso
» combatir las pasiones agenas, y
» triunfar de ellas. Teneis ami-
» gos artificiosos y violentos, que
» esparcen contra vos mil espe-
» cies de calumnias. Los que las

„oyen son crédulos, y se constituyen en pregoneros de ellas; „pero si son incrédulos, forman „dificultades, y enseñan con ellas „á vuestros enemigos el modo „con que deben proponer las calumnias, á fin de hacerlas mas „verosímiles. Vos ignorais alguna vez estas maquinaciones; y „quando las supierais en todo ó „en parte, ¿podriais ir de casa „en casa á justificaros? ¿No quereis mas bien dexar al populacho en el error, que el emplear vuestro reposo en disputar el terreno á los calumniadores? ¿Bastaría jamás vuestra „vigilancia para trastornar lo que „su malignidad fomentó en corazones crédulos, mal inclinados, é infinitamente mas flexîbles á los procederes de esas

„ gentes, que á toda vuestra elo-
„ qüencia y á todas vuestras ra-
„ zones?"

El resultado de estas observaciones es, que el sabio debe preferir á todo, el testimonio de su conciencia, y decir como Calliclés: "No depende de mí el „ que me desacrediten; lo que „ depende solamente es, el que „ no lo hagan con razon." Algunas veces es menester contentarse con el simple y obscuro papel de bienhechor, aunque á veces sea penoso; envolverse, como Horacio, en su propia virtud, y hallar en el fondo del corazon toda la recompensa de una buena accion. Un autor clásico, que no dexa de leerse, ni de citarse, vitupera con razon esta máxîma de un antiguo poé-

ta : Que una virtud oculta, difiere poco de una vida holgazana y obscura. " Si esto fuera
" cierto, dice, no habria nece-
" sidad de ser virtuoso sino en
" público ; y las operaciones del
" alma, en donde está el verda-
" dero asiento de la virtud, bas-
" taría no tenerlas arregladas, y
" en órden, sino con proporcion
" á que habian de ser conocidas
" de otro. El que no es hom-
" bre de bien sino porque lo han
" de saber, y porque despues
" de sabido le han de estimar me-
" jor : el que no quiere hacer
" bien sino con la condicion de
" que su virtud llegue á ser co-
" nocida de los hombres, éste
" no es sugeto de quien pueda
" sacarse servicio alguno. Es ne-
" cesario ir á la guerra para cum-

„ plir con su obligacion, y es-
„ perar de ella aquella recom-
„ pensa que no puede fallar en
„ todas las buenas acciones, por
„ ocultas que estén, y no en los
„ virtuosos pensamientos: éste es
„ el contento que recibe en sí
„ una buena y arreglada con-
„ ciencia, quando obra bien. Es
„ menester ser valiènte por sí mis-
„ mo, y por la ventaja que es
„ el tener el valor alojado en un
„ lugar firme y seguro contra los
„ asaltos de la fortuna. Nuestra
„ alma no debe hacer su papel
„ por la muestra, sino allá den-
„ tro donde ningunos ojos pene-
„ tran sino los nuestros."

En efecto, si somos bienhechores y virtuosos, mas bien es por nosotros mismos, que por los otros. En el mismo momen-

to que exponemos nuestra vida para salvar la de nuestro amigo, creemos sacrificarnos, quando no hacemos mas que satisfacernos. Es raro, sin duda, el encontrar hombres nacidos tan dichosamente, que hayan podido formarse un sistéma de felicidad, que aumente la suma del de los otros; pero dispensándoles toda la estimacion que merecen, guardémonos de compadecerlos, por mucho que les haya costado, supuesto que no podian ser felices sino á ese precio, y que en el fondo han hecho siempre lo que menos les costaba. ¿Qué le importa al hombre de bien, convencido de estos principios, los solos verdaderos, los solos donde la virtud pueda encontrar una recompensa segura, el juicio fa-

vorable ó adverso que la multitud forma de sus acciones?

Lo mismo sucede con las calumnias, que con los errores y las tradiciones fabulosas; éstas se desvanecen á la larga, y el tiempo las hace justicia; pero la virtud y la providad son como las doctrinas verdaderas, y fundadas sobre la naturaleza de las cosas; porque se confirman en envejeciendo (1).

---

(1) *Opinionum commenta delet dies, naturæ judicia confirmat.* Cicer. *de Natura Deor. lib.* 2, *cap.* 2.

FIN DEL DISCURSO PRELIMINAR

Y DEL TOMO SEXTO.

COLECCION

DE FILÓSOFOS MORALISTAS

ANTIGUOS.